



AYER Y HOY



N.º 17

Junio - Julio 1950

NUESTRA PORTADA

Palacio de los Rivadeneira, donde
fué muerto Baltasar Elisio de
Medinilla.

*(Grabado en madera de Tomás
Llorenté.)*

Por orden del Ministerio de Educación Nacional, ha vuelto a concederse a la Asociación de Artistas Toledanos «Estilo» una subvención de 1.000 pesetas, según dispone el Boletín Oficial del Estado del 12 de Julio.

AYER Y HOY hace constar su agradecimiento al Excelentísimo Sr. D. José Ibáñez Martín, en nombre de todos los asociados.



DESPEDIDA Y PROYECTOS

Por haber trasladado su residencia a Madrid, cesó en la dirección de AYER Y HOY don Antonio Delgado, nuestro estimado consocio y amigo, cuya inquietud artística le había empujado desde la leyenda al verso, y de la pintura al damasquino, con singular acierto.

Son dieciséis los números publicados bajo su dirección, que representan otras tantas victorias apuntadas a su favor, a prueba de toda clase de dificultades y de críticas. Su tenacidad y su honda comprensión fueron venciendo todo, y la Revista fué superándose de un número a otro. Nos constan los elogios para AYER Y HOY de escritores y poetas de alto relieve. Es la única Revista que se publica en Toledo, y para «Estilo» supone su principal sentido histórico, ya que lo escrito es lo que perdura.

La Asociación hace presente por estas líneas el más vivo agradecimiento a nuestro querido compañero don Antonio Delgado por su acertada dirección de la Revista en el espacio de casi dos años.

Dos misiones quisiéramos confiar al cargo que nos dieron: divulgar y fomentar la Sociedad «Estilo», de la que es vocero AYER Y HOY, y dar nuevo impulso a esta Revista con la más estrecha colaboración de los miembros de la Sociedad, y a tal fin, sometemos a la Junta y a los lectores las siguientes iniciativas:

Continuar la labor ya iniciada con la publicación del Reglamento de «Estilo», divulgando ahora el nombre de todos los socios y las inscripciones que vayan ocurriendo en lo sucesivo.

Sin perjuicio de seguir dando preferencia a la docta colaboración que hasta ahora ha honrado nuestras páginas, quisiéramos estimular las colaboraciones de todos los socios, y para ello proponemos que se establezcan concursos con premios anuales en metálico, y en la cuantía que permita la situación

económica de «Estilo», que sirvan de acicate para esa colaboración íntima que deseamos; concursos que podrían ser a la mejor poesía, a la mejor narración, cuento o leyenda, al mejor artículo de información o investigación, a un dibujo humorístico con pie o caricatura personal, al mejor dibujo a línea, aguada, etc., de fácil reproducción, todo ello referido, naturalmente, a Toledo, y ajustándose a las normas que se establezcan.

Deseamos también establecer un consultorio en el que los «estilistas» o «estilófilos» puedan resolver sus dudas de carácter técnico, artístico o histórico, etc., y para ello supliremos nuestra ignorancia buscando la sabiduría de los demás.

Quisiéramos, por último, abrir una sección de correspondencia sobre los trabajos que se presenten a los diferentes concursos y sobre todas aquellas proposiciones que se nos hagan y mejoras que se nos sugieran, manteniendo estrecho contacto con los lectores, a fin de

estimular su colaboración y apoyo que tan sinceramente deseamos.

Esto es lo que, por ahora, tenemos la esperanza de poder hacer y para lo que sólo nos falta vuestro asentimiento y ayuda.

Simultáneamente al esbozo de estos nuestros proyectos y anticipándose a ellos, en parte, el vocal de la Directiva don Rufino Miranda, ha obtenido la aprobación de ésta para un concurso, por cada número de AYER Y HOY que se publique, con un premio de CIENTO pesetas para el trabajo que, ajustándose a las condiciones que se señalen, sea publicado por nuestra Revista. Su propósito es que se aborden «con sus temas todas las ramas del Arte» y «todos los asociados de «Estilo», procurando, a la par, que tengan alguna relación con nuestra ciudad, fomentan la investigación y el estudio, así como la divulgación de las tendencias e ideas modernas». Para ello propone una serie de temas de gran interés que se irán divulgando oportunamente.

Hasta aquí lo acordado, y nosotros, teniendo en cuenta la falta de original gráfico para nuestra publicación, hemos estimado que deberán alternarse los concursos para proporcionar dichos originales con los literarios y que el CONCURSO PARA EL NÚMERO 18 DE AYER Y HOY, esto es, para el próximo número, consista en otorgar las CIENTO PESETAS DE PREMIO a la mejor caricatura de un personaje toledano de actualidad, que será publicada en dicho número. Los originales deberán ser remitidos a Alfonso XII, 9, a nuestro Director, y los trabajos estarán hechos a línea en tinta china y en papel adecuado al tamaño de una cuartilla.

SUMARIO

El ingreso de D. Emiliano Castaños en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Don Guillermo Téllez. El estilo gótico en Toledo.

Don Clemente Palencia. La casa en que fué muerto el poeta Medinilla.

Don Pablo Gamarra. La 3.^a Exposición de Primavera de «Estilo».

Don Rafael Carrasco. Noche de brujas.

PÁGINA POÉTICA

Don Rufino Miranda. Una anécdota del marqués de Villena.

Don Pablo León Murciego. La luz como fuente de belleza.

Don J. L. Pérez de Ayala y López de Ayala. Las Comendadoras de Santiago.

Don Francisco de Borja San Román. Los gremios toledanos en el siglo XVII.

El Catedrático D. Emiliano Castaños, ingresa como Numerario en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Por CLEMENTE PALENCIA (Cronista oficial de Toledo)

A las doce de la mañana del día 18 de Junio, en sesión solemne celebrada en el Paraninfo del Instituto Nacional de Enseñanza Media por la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, leyó su discurso de ingreso, como miembro numerario de esta Corporación, el Profesor D. Emiliano Castaños, Catedrático del referido Instituto y Vocal de la Junta Directiva de «Estilo».

Docto y acabado discurso sobre el paisaje de Toledo y su provincia en el pasado geológico; fauna submarina de trilobites, lirios de mar, en ese lejano período silúrico, campo mudo y sin cánticos del secundario que desespiera a la fina sensibilidad del Profesor Castaños, evocando en preciosa digresión a los poetas que hicieron temas literarios inspirados por el armonioso trino de los pájaros.

Fantásticos rebaños de mastodontes vagando en el período terciario por terrenos que formarían después los pueblos de Olías y Cabañas; batallas de fiereza descomunal, en las que caen como víctimas unos caballos semejantes a cebras, dotados de patas con tres pezuñas, que coincide con otra especie semejante del mioceno de América, y a los que por su escasa talla han denominado los paleontólogos con el nombre de «hiparión» (caballo pequeño).



Si fué interesante el estudio del paisaje con todos sus elementos, más sugestiva fué aún la descripción del hombre del período cuaternario tallando trozos de pederual, preparando sus barro cocidos al sol; el estudio de sus costumbres, vestidos e intuiciones de artista, de sus prácticas funerarias, para terminar con un estudio sobre la situación de Toledo en tan remotos tiempos.

Acotaciones de erudito, citas abundantes, entre ellas, del Profesor toledano D. Manuel Alía, Catedrático de la Universidad de Valladolid, pues D. Emiliano Castaños es tan sensible a la belleza de un soneto o de una melodía musical, como tiene su observación propicia para describir esas disciplinas que con tanta competencia cultiva.

Contestó al nuevo Académico D. Guillermo Téllez—asiduo colaborador de «Estilo»—, figura señera en todo lo que sea arte y erudición, gusto y entrega hacia Toledo.

El trazó la mejor semblanza del Profesor Castaños y cerró con el más bello comentario el acto último y solemne del año académico; cuyas son estas líneas:

«El ilustre hombre que recibimos en nuestra Academia tiene un apellido de antaño timbrado, puesto que es hijo del Coronel Sr. Castaños, cultísimo Profesor de la primera Academia General Militar de Toledo, sabio arqueólogo y uno de los primeros pilares de la Real Academia de Bellas Artes de Toledo. El hijo llega, pues, a esta casa que fué de su padre, con una estirpe clara, pero también con un valor propio...

Bellamente nos habló el disertante del color de Toledo y de sus valores visuales. Paralelo a la persistencia de su nombre está la permanencia de su caserío y trazado urbano... La óptica de Toledo tiene dos aspectos fundamentales: la forma y el color, y es éste el tema inquietante del artista toledano.»

Son estas líneas boceto nada más de su acabado estudio sobre el pasado geológico, sobre el papel histórico de su situación, sobre los pintores que han interpretado su luz única y maravillosa.

Algunas modificaciones en la publicación de «Ayer y Hoy»

Ponemos en conocimiento de nuestros asociados que la Revista se publicará, en lo sucesivo, cada dos meses. Saldrán al año, además, dos números extraordinarios con motivo de Semana Santa, Corpus Christi u otra conmemoración notable que se celebre.

De antemano advertimos que el primer número

extraordinario se dedicará a los Reyes Católicos por cumplirse en 1951 el V Centenario del Nacimiento de Isabel I. Todos los asociados que deseen colaborar con artículos, dibujos, poesías, etc., pueden ir preparando sus originales hasta finales de este año, en que comenzará a seleccionarse el material recibido.

TOLEDO EN EL ARTE

EL ESTILO GÓTICO EN TOLEDO

Por GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

El estudio de esta fase del arte en Toledo parece claro, y generalmente no es difícil, si prescindimos un poco de sus enlaces con el mudéjar. El gótico es un arte que, a pesar de tener en Toledo un gran monumento, la Catedral, prolifera poco y apenas si evoluciona; sus cambios son más bien efecto de invasiones o de nuevas modalidades dentro del marco del estilo. En total hay tres grandes monumentos arquitectónicos a estudiar preferentemente: la Catedral, San Juan de los Reyes y la interesante cabecera del templo de San Andrés. Preferentemente hemos de referirnos a la Catedral Primada, y por referencia a ésta, las demás ramificaciones que tiene.

La Catedral es una de las tres grandes iglesias que San Fernando mandó levantar en su reino, las cuales representan al gótico en su máxima nota purista francesa. La de León es la más pura o depurada en sus restauraciones: la de Burgos, la más rica y vistosa al exterior, y la toledana, aunque más modesta exteriormente, es la más grande de las tres, la segunda de España en amplitud después de la tardía de Sevilla, y tercera o cuarta del mundo gótico después de las de Colonia y Milán.

Se la puede definir como la más española, dentro del gótico puro, por sus notas mudéjares y su equilibrado clasicismo, ya visto por Cossío, aunque no tenemos noticias de que lo haya aclarado mucho. Algo podemos añadir interpretando a nuestro modo su ambiente románico, que evita el torturado desequilibrio gótico. Tal ambiente clásico lo refuerzan los arreglos de que fué objeto a partir del Renacimiento, y sobre todo el de Covarrubias, que disimuló la nota funeraria tan predominante en todo templo medioeval.

Los eruditos toledanos discuten si el autor de la traza fué el Maestro Martín o Petrus Petri, cuestión muy interesante para los que tienen tiempo que gastar en tales problemas. Para nosotros no tiene valor alguno que llegue a resolverse este problema, que no aclararía el otro problema arqueológico y arquitectónico, pues ni se conservan los planos, ni sus nombres están unidos a otras obras, ni nuestra Catedral está ligada a ninguna obra gótica. Esto, naturalmente, sin que nos atrevamos a llamar bizantina la cuestión, dada la categoría de las firmas que contendieron en ella.

Queda pues planeada la Catedral con cinco naves, capillas laterales entre los contrafuertes, crucero de tres naves no acusadas en las fachadas de éste, aunque sí en el ancho de los tramos y en el alzado que levanta en los techos una cruz gigante. Tiene ocho puertas, cinco de ellas normales, que son las de la fachada principal y las dos del crucero (las de la Feria y Leones); las otras tres (de la Presentación, Santa Catalina y Llana), son puertas irregulares y adventicias que corresponden a paredes de capillas. La torre que tiene y la que pudo tener de haberse terminado en la capilla mozárabe, son realmente exentas y con cimentación propia, separándose en esto de las torres góticas de tipo francés, que enrasan formando parte de la fachada.

La primera duda que se le brinda al visitante es la de si se trata de un edificio

híbrido, por las adiciones posteriores de que ha sido objeto, tal y como lo describen los autores españoles, o si realmente es de un purísimo mantenido en toda la obra, como sostienen los tratadistas extranjeros del gótico. A todos se les puede contentar, teniendo en cuenta que hablan de cosas distintas. Los escritores españoles se refieren al total del arte incorporado al templo, que como cosa viva ha de aceptar los latidos del arte en cada época, mientras que los extranjeros hablan de la estructura gótica de las naves, mantenida durante los tres siglos. Duró esta obra desde 1227 hasta 1492, en que cerró sus naves Mendoza. Con este Cardenal y la toma de Granada, el medioevo español abre sus puertas al renacimiento de Cisneros. En tan largo período, difícilmente habrían logrado tal purismo otros países donde el gótico es arte más sentido, que rápidamente recoge las vibraciones evolutivas del estilo.

Prescindiendo de los elementos añadidos, más decorativos que arquitectónicos, y de las capillas donde se aceptan las innovaciones del gótico, la Catedral de Toledo es una manifestación del gótico primario francés del siglo XIII con una gran unidad. Presenta cinco naves, incluso en la girola, merced a una curiosa distribución de las columnas, caso único en el gótico. Street lo estudió por primera vez, diciendo casi todo lo que se ha podido decir, salvo lo que sin gran eco añadió Lampérez y alguna que otra adición, en las que incluimos las sugerencias que modestamente hayamos podido hacer para legar más antecedentes románicos a esta parte del templo. Esta solución, única en el gótico, es la de mantener la distancia de los intercolumnios, duplicando el número de columnas en los dos anillos de la girola, haciendo aparecer entre cada tramo rectangular uno triangular. Esta disposición singular trasciende a la organización de las capillas absidiales, pues los tramos rectangulares se cierran con capillas semicirculares algo grandes, mientras que las bóvedas triangulares lo hacen con capillas cuadradas más pequeñas. Los techos tienen unos juegos especiales de planos para facilitar la salida de aguas por las capillas pequeñas.

Las capillas así organizadas se conservan al lado de la Epístola y entre la Sacristía y la capilla de Santiago. Esta y la hoy llamada de San Ildelfonso, se hicieron a costa del sacrificio de tres capillas cada una, y son las grandes mutilaciones, pero las únicas, que se han llevado a cabo en el templo Primado.

La girola es la parte más arcaica de la Catedral, unida al resto por el crucero que a nuestro juicio enlaza dos catedrales, aunque distintas, poco diferentes y muy bien armonizadas. Las diferencias más notables se advierten en los pilares. En los de la girola predomina el núcleo central sobre los baquetones, con una basa común de área poligonal convexa, mientras que en los pilares correspondientes a las naves los baquetones forman un haz que no deja acusar el cilindro central del pilar, y el contorno quebrado de la basa acusa los mismos baquetones. En la girola la luz entra por los rosetones que sobremontan el triforio, mientras que en las naves, rosetones y triforio

desaparecen para abrirse los grandes ventanales tan ampliamente góticos. La mayor diferencia se advierte en las capillas que envuelven la estructura del edificio. Las de la girola están arquitecturizadas, mientras que las correspondientes a las naves son simple aprovechamiento de los contrafuertes, sin crear problemas especiales de carga.

En el alzado se conserva más pura la fisonomía gótica, pues todas las capillas están ampliamente abiertas al templo, excepto la de Santa Lucía, que con su dominio parietal y el rosetón, oculto por un cuadro, se nos aparece con ambiente románico. Las bóvedas se cubren con elementos cuatupartitos sin terceletes, excepto en el crucero y la contigua al casquete del altar mayor. Esta casi uniformidad en las bóvedas, igualdad de pilares y limitación de los paños de pared a los hastiales, dan una imponente unidad al templo, una austeridad nada hosca y una grandiosidad que ni la supera ni casi alcanza ningún edificio gótico del mundo.

Gótico del XIV son la torre, empezada en este siglo por el maestro Alvar Gómez, si bien definiendo poco el estilo, pues en sus partes bajas más bien parece románica. Su emplazamiento, exenta del edificio, es nota muy hispánica por influjo árabe. También es de esta época el claustro, empezado por el mismo maestro Alvar Gómez. La poca esbeltez de sus ojivas y el predominio de los arcos sobre las partes columnarias, le dan cierto aspecto de sótano tristón muy mudéjar. Si bien hay quien asegura que tuvo tracerías góticas, no pasamos a crearlo.

La gran obra de este siglo con notas propias, es la capilla de San Ildelfonso, entonces de los Albornoces. Para levantarla se destruyeron las tres capillas centrales de la obra primitiva, pero el conjunto quedó simétrico al eje del templo, pese a estas mutilaciones.

Gótico del XV es la obra de la torre, pues hasta 1438 pertenece a Contreras. Los huecos son ya de Cerezuela, el hermano de Don Alvaro, que murió en Talavera en 1442. Se trabaja bastante durante este siglo en las naves, hasta cerrarlas Mendoza en 1492, pero no tienen interés artístico, ya que continúa la traza anterior. El gran aporte de este siglo es la capilla de Don Alvaro, de un gótico borgoñón. Siguen en él los terceletes; empiezan los arcos mixtilíneos, las cardinas vierten hacia afuera de los arcos, y se usa ya en abundancia la heráldica. La fachada principal del templo se acabó también en 1444, y no se olvide que cuando hablamos del gótico de las fachadas nos referimos a la parte trabajada en caliza fina, pues los refuerzos de piedra violácea son muy posteriores.

Haremos punto aquí para poder tratar debidamente las últimas modalidades del gótico, pues el estudio de San Juan de los Reyes y de las últimas ramificaciones del estilo, ya en el XIX, requieren otro artículo.

La casa en que fué muerto el poeta Medinilla es hoy museo del pintor Arredondo

Por encontrarse en sitio muy alejado del centro de la ciudad, no tienen fácil ocasión los turistas de admirar uno de los más típicos palacios toledanos, en cuya fachada se lee esta inscripción impresionante: «Al gran poeta toledano Baltasar Elisio de Medinilla... Le mataron en esta casa en 30 de agosto de 1620.»

Fuó este palacio residencia de los Rivadeneira, familia que se establece en Toledo a mediados del siglo XV, con jurros e hidalgúas de nobleza.

Para que el hecho fuese más misterioso, se ignoró por mucho tiempo quién fuese el autor de aquel triste homicidio que arrebató en flor la vida de un poeta toledano, superior en inspiración al propio Lope de Vega.

Don Antonio Martín Gamero encontró una escritura otorgada en Olías (año 1629), por la que se declara que D. Jerónimo de Andrade y Rivadeneira, señor de Olías, funda una capellanía, para perdón de sus culpas, por haber sido el principal cómplice de la muerte de Medinilla.

Pero la gloria de haber esclarecido este punto, tan importante para cerrar la biografía del poeta, corresponde al P. Gerardo de San Juan de la Cruz, al encontrar un valioso documento en el Convento de Carmelitas Descalzas de Santa Ana, de Madrid; es una carta escrita por la Madre Juana, desde Toledo, a la Madre Beatriz de Jesús, que residía en Madrid, donde se dice que en la casa de D. Martín fué D. Jerónimo, al anochecer, dispuesto a matar a su hermana por haberle dado su padre el Mayorazgo, y encontrándose allí Medinilla, al interponerse entre ambos, fué herido por una espada que, según unos, le atravesó el pecho, y según otros, el cuello.

Ocurrió el suceso en una escalera interior, de subida a la galería principal, rincón de la mano izquierda de la casa, y el cadáver fué arrojado a la plaza a altas horas de la noche, para evitar sospechas; lo que hoy se llama Plaza de las Carmelitas Descalzas, se

conocía entonces con el nombre de las Harinas.

La casa señorial de los Rivadeneira quedó abandonada por espacio de siglos, hasta que tuvo la suerte de ser comprada por el pintor D. Ricardo Arredondo. Allí estableció su estudio; él talló las maderas y fué restaurando a golpes de paciencia y maestría las ricas cornisas, los basamentos y artesonados.

Fuó D. Ricardo Arredondo el tipo de artista completo; desde sus once años vivió en Toledo, al lado de su tío, don Francisco Arredondo, canónigo de la Primada.

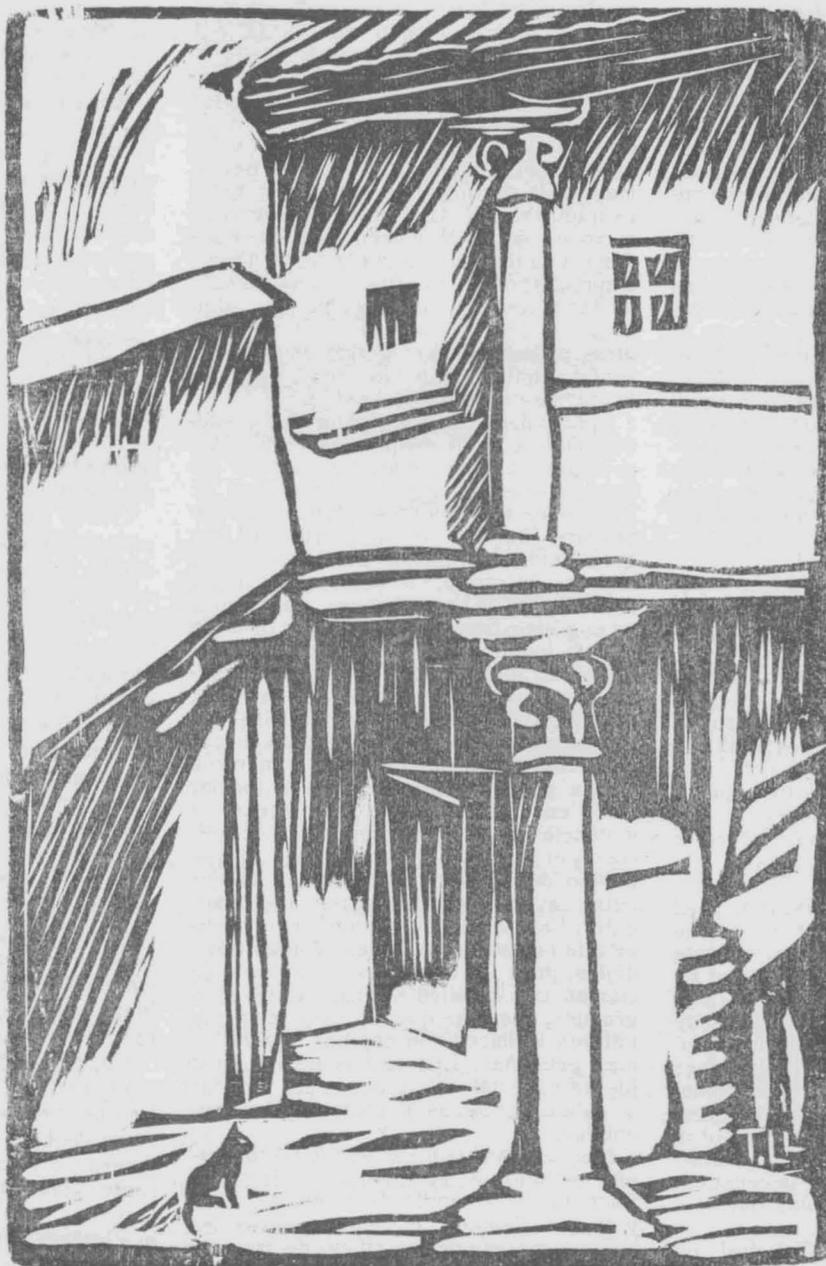
En la Academia de San Fernando fué el discípulo predilecto de Fortuny, y nadie reflejó mejor que él la técnica de su maestro. Viajó por París, Londres, Roma y Berlín. Veló por los intereses artísticos de Toledo,

restaurando la antigua Puerta de Visagra y parte del Castillo de San Servando.

Su magnífica exposición de cuadros puede visitarse en la histórica casa de que venimos escribiendo, en donde sus sobrinas conservan con todo cariño su obra y reciben con la mayor afabilidad y simpatía a todo el que llega a ese silencioso museo del pintor Arredondo. De no haber sido comprada por el pintor, es muy probable que nada quedaría hoy en pie del olvidado palacio en que murió un gran poeta.

CLEMENTE PALENCIA

Xilografía de Tomas Llorente.



La Tercera Exposición de Primavera, de «Estilo»

Como en años anteriores, se ha celebrado con entusiasmo la Tercera Exposición de Primavera, organizada por nuestra Asociación, y decimos con entusiasmo, al referirnos a un sector, el elemento joven, que no ha reparado en sacrificios, para acudir con toda valentía a nutrir con sus obras las salas del local habilitado para la Exposición, ya que este año no ha podido celebrarse en Santa Cruz, marco adecuado para estos muchachos, que sienten ansias de superación, al aportar el exponente de su producción, plétórica de inquietudes artísticas, en las cuales, demuestran los no pocos adelantos, con secuencias de estudios y desvelos.

En cambio, es de lamentar la ausencia de otros no menos valiosos elementos; y ahora cabe preguntar: ¿Por qué se han abstenido de presentar sus obras? Tal vez la respuesta sea la que todos queremos figurarnos; un poco de decepción al saber que la Exposición, como hemos apuntado anteriormente, no se habría de celebrar en Santa Cruz, y sí en otro sitio, un poco alejado del centro de la población, que no cabe duda pensarían ellos, y con razón, que se necesitaría verdadero interés por estas cuestiones artísticas, para

desplazarse hasta cerca de San Juan de los Reyes, donde este año se ha celebrado la Exposición. Mas a esto hemos de decir que la Directiva de «Estilo» ha puesto cuantos medios han estado a su alcance hasta última hora, para que fuese celebrada donde años anteriores, pero ante la imposibilidad de que así fuera, no ha tenido otra solución que hacerlo en este sitio.

Pues bien, a pesar de todo, los toledanos, sabiendo que con su presencia daban alientos a estos artistas, que con toda su buena voluntad trabajan, hasta allí se han desplazado, estando concurridísimas las salas, y elogiando la labor de los expositores.

Comprendiéndolo así también nuestras autoridades, Sr. Gobernador Civil, Alcalde y Presidente de la Diputación, honraron con su presencia y clausuraron la Exposición, visitándola con detenimiento, haciendo elogios de las obras allí expuestas.

No queremos dar nombres ahora ante el temor de que alguno quede en el tintero, y sea causa de enojo, pero sí hemos de consignar para estímulo de cuantos han concurrido, que pueden estar de enhorabuena pintores y escultores, pues unos y otros han sabido dar la

tónica a este tercer certamen, haciendo resaltar la labor de los pintores no residentes en Toledo, así como la de los escultores que por primera vez salen a la palestra; unos, con sus buenas tallas en madera, y otros con procedimientos en yeso, un tanto innovadores, y que reflejan en los retratos asombroso parecido.

Sea ésta una breve reseña de lo que ha sido la Exposición Tercera de Primavera, organizada por «Estilo».

Ante la premura de espacio, en otro número, la labor de cada concursante será más analítica y personal. Mientras tanto, va por anticipada nuestra más cordial y sincera enhorabuena a todos los que han colaborado en este Certamen, aconsejándoles sigan perseverando en su afán, único medio de llegar a conseguir lo que se proponen.

No queremos cerrar esta ligera información sin hacer notar a nuestros asociados la gentil presencia de las pintoras, que si se descuidan un poco ellos, son ellas las que llenan con sus producciones las salas del local de la Exposición.

Por adelantado, nuestra más cortés y sincera felicitación a todas. — PABLO GAMARRA

ACONTECIMIENTOS DE AYER

Nace en Toledo el poeta Baltasar Elisio de Medinilla

El día 28 de Julio del año 1585, ve su primera luz en nuestra ciudad el malogrado poeta Baltasar Elisio de Medinilla.

Fué discípulo predilecto de Lope de Vega, confiándole la corrección de su «Jerusalem conquistada».

Con motivo de la beatificación de Santa Teresa de Jesús, se celebran justas poéticas el 7 de Octubre de 1614, y Medinilla obtiene el primer premio.

Como su maestro, es muy fecundo; compone canciones, sonetos, romances y villancicos. El más conocido de sus poemas, es el titulado «Descripción de Buenavista, el cual lo hizo a instancias del Arzobispo Don Bernardo Sandoval y Rojas.

Un sitio deleitable y peregrino que siempre l'Alva de su risa baña y alegra con los pies de blanca rosa la Primavera hermosa...
Todo convida a amar y todo ama y todo por vivir amando vive...».

También escribió varias obras en prosa siendo la más importante la titulada «Vega de la poética española», donde se revela como gran preceptor literario.

El día 30 de Agosto de 1620, es muerto por la espada de Don Jerónimo de Andrade al salir en defensa de la propia hermana de su matador. Este triste suceso ocurrió en la casa n.º 37 de la Plaza de las Carmelitas. Fué enterrado en la parroquia de San Andrés. — RAMIREZ DE DIEZMA.

PÁGINA DE HUMOR

NOCHE DE BRUJAS

Por la ventana abierta penetraban efluvios de Mayo. La luna, en cuarto menguante, lanzaba su pálida luz sobre la frente de Don Poetiso, que con los codos sobre la mesa y la cabeza melnuda y grasienta entre las manos, la miraba dulcemente, mientras Don Gaiferos, su fiel gato, mayaba con amor en el alféizar.

Descolgó la pluma, que como gracioso airón cabalgaba sobre su oreja derecha y trémulo de inspiración comenzó a verter la armonía de sus palabras sobre las impolutas cuartillas que destacaban su albura en la mesa iluminada por el claror lunario, y comenzó a escribir sonámbulo:

La princesa está gruesa.

¿Qué tendrá la princesa?

Los ronquidos se escapan de sus napias de fresa, que han perdido de línea y han ganado en color.

La princesa se aburre con su mico y su loro, ya no canta más coplas con su pito sonoro, y en un vaso se advierten restos de peleón...

De pronto, rompiendo el silencio de la noche, maga de ensueños, doce campanadas graves vibraron acompañadas allá en la lejana torre que alzaba su fantasmal silueta entre luceros.

Un escalofrío de horror recorrió las espaldas de Don Poetiso, que al conjuro de la hora, evocó los aquelarres que las brujas comenzaban precisamente en aquel momento, descabalgando de sus escobas para, cogidas de las manos, bailar dando tropezones, traqueteándolas los huesos, dando corcovos, haciendo piruetas, elevando al cielo los sarmientos retorcidos y esqueléticos de sus manos, riendo nerviosamente, cantando con voz aguardentosa y cascada, chillando alrededor del macho cabrío, en el claro del bosque. Obligado y primer movimiento de la liturgia en la magia negra.

Cantó un gallo. Otro, le contestó. Terció otro más lejano, y el silencio volvió a reinar sobre la ciudad dormida.

Flores de quimera enjoyaban la noche primaveral y aromaban la tenue brisa bajo el suave beso de plata de la luna, a la que una piadosa nube tapó los ojos para que no viese la horripilante zarabanda de las brujas que se dirigían a una cueva, llevando sobre una bandeja dorada el corazón de un niño, rodeado de ramas de estramonio y de beleño, para hacer un misterioso bebedizo para curar a un príncipe enamorado.

Don Poetiso, venciendo el temor que le embargaba, envolvióse en un



negro manto y salió al campo. Su grasienta y sucia melena era agitada por el viento.

Sobre una rama, tras la cual se veía a la luna, se silueteaba una lechuza agorera de brillantes ojos que estaba de vigilante. Lanzó un agudo y prolongado silbido para advertir a las brujas de la presencia del curioso Don Poetiso, que seguido de su fiel gato Don Gaiferos, avanzaba recatándose en las sombras.

Dió la casualidad de que la bruja a la que tocó el turno de vigilancia en la puerta de la cueva, estaba muy sorda (¡la pobre tenía ciento veintiseis años!) y no pudo percibir el aviso, cosa que aprovechó Don Poetiso para acercarse con pasito de lobo y, descalzándose, se quitó los calcetines con los cuales tapó boca y nariz de la infeliz bruja, que no pudo resistir el fuerte poder anestésico desprendido de aquéllos y quedó profundamente dormida, con el conocimiento completamente perdido. Arrastró su cuerpo tras unos matorrales y, para mayor seguridad, la cubrió el rostro con unas cuartillas en las que estaban escritos los versos que le habían premiado en los últimos juegos florales y, para que el viento no se las llevara, colocó encima con mucha delicadeza una pequeña piedra que a bulto se podía calcular que pesaría unos setenta y dos kilogramos.

Tomadas estas precauciones, llegó a la boca de la cueva de la que escapaban ruidos extraños. Prolongados ayes lastimeros, roncas voces, cascabeleo de sonajas, tam tam, de un gran pandero, agudo y metálico son de almireces, carcajadas, blasfemias, silbidos...

Alargó el cuello, asomó la cabeza, y no vió nada. Extrañado, prolongó más el estirón y cuando ya no le quedaba más cuello que estirar, se acordó de que no se había puesto las gafas. Se palpó nerviosamente. ¡Nada! «Me las habré dejado en casa», pensó. Mas, al fin, dió con ellas por detrás de la chaqueta, por dentro del forro, a donde habían ido a parar deslizándose por un agujero del bolsillo. Don Gaiferos, su fiel gato, hizo lo mismo. Quiero decir, que alargó el cuello, asomándose entre las piernas de su amo, sin necesidad de ponerse gafas, y... ¡válgame Dios lo que vieron!

A Don Poetiso se le erizaron los grasientos y sucios cabellos hasta el extremo de que se diría que su cabeza era un felpudo, y a Don Gaiferos, su fiel gato, se le puso el rabo tan enormemente enfoscado, que bien pudiera emplearse para limpiar chimeneas de buen calibre.

En un pedestal de mármol, se veía un macho cabrío de luenga perilla, blanco, muy blanco, que tenía un collar de piedras preciosas: crisoberillos, topacios, esmeraldas, sangrantes rubíes, amatistas irisadas que brillaban centelleantes con extraño resplandor, y colgando del mágico collar, pendía una campanilla de plata que fulguraba al sonar, movida por los balanceos de la cabeza, en la que se ensortijaban dos cuernos de oro con reflejos de fuego.

Rodeando al pedestal, una hoguera lanzaba el chisporroteo de sus llamaradas.

Bailaban las brujas en derredor al monocorde son del pandero, que se mezclaba con el sortilegio de la canción:

¡Abracadabra, pata de cabra,
luz de Luzbel!

Y vuelta a sonar el pandero, y machaqueo de almireces, y otra vez:

¡Abracadabra, pata de cabra,
luz de Luzbel!

En esto, lejano, el tañer solemne de la campana del convento, que pausado llamaba a coro a las vírgenes del Señor.

Sonó una explosión tremenda, y una enorme bandada de murciélagos asustados cruzó el espacio, y mientras temblaba la tierra, desaparecieron brujas, macho, fuego y sonidos, dejando un irrespirable olor de azufre.

Don Poetiso, despertó sobresaltado y miró a la ventana abierta por la que penetraban los afluvios de Mayo. Don Gaiferos, su fiel gato, mayaba con amor sobre el alféizar, mientras la luna sonreía...

RAFAEL CARRASCO

Dámaso Alonso ha escrito el elogio definitivo del soneto... «Seguirá viviendo, seguirá extendiéndose por el mundo. Será nostalgia temblorosa en Garcilaso, apasionada ternura en Camoens, frenética y lujosa complicación en Góngora, ímpetu vital y salada gracia en Lope de Vega, hiriente sentencia, o zarpazo en Quevedo...

Irán modas, vendrán modas, y ese ser creado, tan complicado y tan inocente, tan sabio y tan pueril, nada, en suma, dos cuartetos y dos tercetos, seguirá teniendo una eterna voz para el hombre.»

(Dámaso Alonso. Ensayos sobre poesía española).

«Ten compasión del soberbio. Quizá lo que hincha su pecho no es soberbia sino angustia.»

«Ten compasión de tu enemigo. Quizá lo que juzgas odio es miedo.»

«Ten compasión del ladrón. Quizá el bien que te quita sólo lo usa en su daño.»

(Constancio C. Vigil, de su libro «Erial»).

Poetas de Ayer

Cuando la doncella Dafne fué alcanzada por Apolo se abrió la tierra y desapareció; en aquel sitio creció al punto un frondoso laurel.

A Dafne ya los brazos le crecían,
y en luengos ramos vueltos se mostraban;
en verdes hojas ví que se tornaban
los cabellos que al oro escurecían;

de ásperas cortezas se cubrían
los tiernos miembros que aún bullendo estaban;
los blancos pies en tierra se hincaban
y en torcidas raíces se volvían.

Aquel que fué la causa de tal daño,
a fuerza de llorar crecer hacía
este árbol que con lágrimas regaba.

¡Oh, miserable estado! ¡Oh, mal tamaño!
¡Que con llorarla crezca cada día
la causa y la razón por que lloraba!

GARCILASO DE LA VEGA

Poetas de Hoy

Acanto, hijo de Antinoo, fué devorado por los caballos de su padre y metamorfoseado en pájaro.

Erraba sin sosiego... Nadie sabe...
Verde su corazón era, y ardía
coronando a la piedra. Le pedía
vecindades al sol, júbilo al ave.

Era un arco hacia Dios. La forma grave,
espuma, vuelo, soledad se hacía,
y el sueño, el aire, el agua repartía,
sola estrella, fiel ala, incierta nave.

Corceles desbocados de la tierra
le pusieron la voz y el alma en guerra;
quedó el verso flotando sobre el ruido,

y, abajo, el hombre, en su mortal estrecho,
con una rosa abierta por el pecho
y en pájaro sonoro convertido.

JOSÉ GARCÍA NIETO

Una anécdota del Marqués de Villena

Se doblan en reverencia las cinturas cortesanas; rubrican el aire los sombreros; las damas se flexionan graciosamente.

Don Juan II, indolente y hastiado, colgándole sus brazos inermes, cruza el ancho salón arrastrando su manto. Su rubia cabeza se inclina correspondiendo a las aduladoras sonrisas. El Rey toma asiento en el sillón del fondo, sobre el alto estrado. Junto a él, el favorito Don Alvaro de Luna con otros nobles le hacen compañía. Todos le sonríen, todos asienten hipócritamente.

Solamente el Condestable permanece mudo y embebido en otros pensamientos; desprecia aquellos saraos. Es el único hombre que ha sabido auparse sobre el sentir vulgar de rastreas concepciones para vislumbrar el futuro, calando la médula del momento; el hombre que ha tenido que usurpar las funciones reales para aunar en su mano la vitalidad que se deslía en aquellas fiestas y la concepción caballeresca que se degrada en luchas intestinas.

El Rey ha hecho un signo de aprobación, y comienza la fiesta. Política y literatura, sectarismo y coplas. Lentamente se va levantando un murmullo de voces y risas por los corrillos, que cada vez son más fuertes y descaradas. Quizás se comenten los graciosos sonetos del Marqués de Santillana.

La Corte se ha convertido en eso. El Rey, voluble, apartado de las enojosas cuestiones políticas, por encima de los problemas agobiantes de la nación, busca, como una preocupación, la palpitante actualidad. Y con él toda la Corte está pendiente de la moda.

Y hoy, en la Corte del Rey Don Juan II, la moda se llama así: Poesía.

Prendida del blanco velamen de los navíos de la añeja Italia, llegaron las coplas nuevas. Diferentes formas de versificación, lirismo estremecedor, bello y sorprendente. Y aquella Corte de abulias y odios se postra ante las alucinadas estrofas del Dante, y las damas dejan caer una transparente perla de sus bellos ojos al oír un soneto vibrante y atormentado de Petrarca.



Por entre los corrillos de aquella fiesta del gay saber, vuelan las alegorías de Juan de Mena, o se ríen con las sátiras de Juan de Valladolid, o se entristecen con las angustias de Macías. Todos los caballeros hánse convertido en trovadores.

La fantasía se remonta hasta la inverosimilitud, y se narran las inaccesibles acciones de imaginativos caballeros andantes, como Amadis y Palmerín.

Por un momento (la hora tráfuga de la moda) han quedado arrinconados los miniados libros de horas de las damas y los gruesos volúmenes de pergamino de los cantorales en los monasterios. Hay un deseo ardiente de lo nuevo. Es el Renacimiento, que despierta con sus palpitaciones profundamente humanas.

Entre los caballeros hay un personaje atractivo y misterioso. Todos recelan de él, todos le temen, pero todos ansían su conversación; ha escrito libros tan desconcertantes como de intrincada doctrina, tanto, que corren leyendas demoníacas sobre su inspiración. Su «Tratado de aojamiento o fascinología», «El Arte Cisorio», «Los siete trabajos de Hércules» y, sobre todos, su «Arte de Trovar», lo hacen la figura central y maestro de aquella pléyade de jóvenes caballeros que le rodean. Este es Don Enrique de Villena.

Sabían que este personaje «flotante entre la historia y la leyenda» había dado en cavilar en su viejo palacio toledano, frente a la sinagoga de Samuel Leví, en la cábala y el misterio. En sus cuevas se realizaban los más sorprendentes experimentos sobre la transmutación de la materia, es decir, para conseguir la piedra filosofal. Las viejas toledanas, cuando pasaban por los ruinosos paredones, macullaban oraciones o se santiaguaban temerosas de los sortilegios, encomendándose a Santa Leocadia.

Al Marqués se le acerca un grupo de jóvenes:

Suero de Quiñones, famosísimo por su epopeya del Passo Honrosso; Lope de Estúñiga, trovador de amores; Alvaro de Bazaán; Juan de Pimentel, y tantos otros amigos amantes de aventuras, exaltados e ima-

ginativos. Suero de Quiñones, impetuoso y jovial, haciéndole una reverencia, demanda en nombre de todos:

—Señor, ¿por qué no nos mostráis al demonio? ¡Vos, que con vuestras artes mágicas todo lo podéis!

El Marqués, un tanto asombrado, repasa con sus ojillos penetrantes los de los anhelantes jóvenes, y de su ancha boca se escapa una imperceptible sonrisa.

—¡Imposible, caballeros!

Pero el grupo insiste, y ya casi su petición forma un coro al fin.

—Sería muy honrado en invitarles un día en mi palacio de Toledo a yantar. Allí tendría ocasión de mostrarles a mi amigo Lucifer.

El grupo aceptó encantado.

Y hoy es el día indicado para la espectacular ceremonia.

La sala tiene un aspecto teatralmente macabro. Negros tapices cubren los muros, y del artesonado cuelga una lámpara que esparce una luz cenicienta y parpadeante que arranca brillos a la plata de la vajilla.

La mesa es presidida por Villena vestido de negro, haciendo resaltar su blanquecina barba y la brillante calva. A sus lados, hasta los siete caballeros, con Suero y Pedro Quiñones a la cabeza.

La cena va discurrendo lentamente. El Marqués habla muy poco, y siempre sobre banalidades. Los invitados están un poco sorprendidos; para nada se alude al demonio. El Maestresala cumple estrictamente con las normas que su amo estampara en su «Arte Cisorio: *«Barbas raídas, uñas mondados, bien lavado el rostro y manos y botas nuevas»*. Muchos perfumes, *porque no le huela mal el resollo, linaloe, corteza de cidra e flores de romero»*. Va iridiscente de joyas, y sobre todo se destaca la preferida de Don Enrique, *«La que se fase del corazón del hombre muerto con veneno... endurecida con fuego reverberante»*.

Don Enrique ha callado. Se ha encerrado en un mutismo espectacular.

Los asistentes miran de reojo al Maestresala y a Don Enrique, y se agolpan en sus mentes las leyendas que de él se propalan.

¿Será posible que pueda embermejecer el sol con la piedra heliotropia, adivinar lo porvenir por medio de la chelonitis o hacerse invisible con ayuda de la piedra andrómeda?

Todos esperan un fenómeno inesperado.

Suero no hace sino observar las idas y venidas del pulido Maestresala y, recelando, inquiere a su hermano:

—¿No os parece, Pedro, que este hombre es el más gentil de los que hasta ahora viérades?

El aludido, silencioso y reverente, cada vez que se acerca a los comensales le brillan con un nuevo fulgor sus ojos. ¡Tan tremendamente abiertos!

Se han alzado los manteles. La concurrencia está incómoda y nerviosa con aquel silencio angustioso del de Villena y ante aquel Maestresala de ojos desproporcionados y mueca indescifrable.

¿Será alguna burla?

No pudiendo reprimirse, Suero lanza claramente la molesta interrogante:

—Y bien, decidme, ¿quién es vuestro Maestresala, tan pulido y cortesano?

El Marqués desliza una maliciosa sonrisa, pero calla.

Nuevamente la rigidez del Maestresala ha entrado, y su negra silueta se confunde con los tapices de la pared, solamente se destaca por el fulgor de sus joyas y la palidez de su faz hipnótica, donde brillan como dos carbunclos sus ojos extraordinariamente abiertos.

Es tal el pánico que ha producido, que Suero, incontenible, furioso, casi irrespetuoso, exige con un alarido:

—Decidme, ¿quién es, quién es?

Villena, con opaco y velado acento, puesto en pie, le señala con todo el brazo extendido:

—Pero ¿no le conocéis? ¡¡Es el demonio!!

La concurrencia, en rápido ademán, lleva sus manos a las empuñaduras, pero Suero, espantado, grita:

—¡El demonio!... ¡¡Ay, Jesús!!

Y se le doblan lentamente sus piernas, se ase al sillón, pero cae al suelo desmayado.

Voces, órdenes. Ante el asombro de todos, el falso demonio ha arrojado de un golpe todos los postizos y acude a obedecer las órdenes de su amo. Busca los pomos, que lentamente aspira y van volviendo la vida al desmayado.

Sobre el propio lecho del Marqués el joven se recobra al contacto de las esencias. Su palidez desaparece, y al fin, incorporado, sin una sola palabra, corrido y avergozado como sus compañeros, saludan al anfitrión y emprenden la vuelta.

Corrióse el lance por mentideros y salones cortesanos, y durante algunos días se ahogaban las risas cuando pasaba alguno de los valientes que «vieron al demonio».

Verdaderamente, aquel Don Enrique de Villena era un hombre con conocimientos mágicos. Con razón Pérez de Guzmán, en sus «Generaciones y Semblanzas», le pudo calificar así:

«E ansi este amor de las escrituras no se deteniendo en las ciencias notables e católicas dexóse correr a algunas viles artes de adivinar e interpretar sueños e estornudos e señales e otras cosas tales que nin a prinçipe real e menos a catolico christiano convenían».

R. MIRANDA

LA LITERATURA HISTÓRICA

«Es admirable cómo de pocos años a esta parte, la literatura histórica, esa flor y nata de la prosa didáctica, ha florecido en España... Los españoles han sido siempre historiadores. Tantas cosas han visto en esa su secular época de conquista, de colonización, de dominio casi universal, que no han resistido al natural impulso de contarlas.»

(AMADO NERVO: *La Lengua y la Literatura.*)

La luz como fuente de belleza

Por PABLO LEÓN MURCIEGO (publicista)

Profesor del Seminario de Toledo

Maravilla de maravillas, en el orden físico, es la luz. Yo quisiera tener la pluma y el ingenio de Selgas para escribir acerca de ella. La luz —dijo él—, viene a ser en la naturaleza lo que la razón en la inteligencia. La ciencia dice que es una substancia; la poesía que es la mirada del cielo; los ojos que es su alegría, y el alma la tiene por su más espléndido atavío. Los físicos antiguos creyeron que era un fluido y excogitaron la teoría de la emisión; los modernos sustituyeron tal teoría por la de los fenómenos vibratorios del éter y la llamaron vibración; pero los hiperfísicos siguen sin saber lo que es la luz, pues mal pueden saber cómo es el éter, empezando, como empiezan, por ignorar si existe. Por eso yo, usando el lenguaje de la metafísica, o mejor aún, el de la poesía, digo que la luz es la vida, la animación, el color de la naturaleza, el espíritu de la materia, el alma del mundo. Yo creo que los cielos serían mudos destituídos de la luz.

Pero siendo la luz uno de los fenómenos más sorprendentes que nos presenta la creación y una de las maravillas más grandes que puede ofrecer la Naturaleza, nos sucede con ella lo que con otra porción de cosas, elementales y sublimes a la vez, que, a fuerza de familiarizarnos con ellas, no les concedemos importancia. Todos conocemos la luz, y, sin embargo, muy pocos son los que, abismándose ante sus efectos, saben apreciar, en toda su grandeza, el misterio de esa cosa tan sutil y tan bella, de cuya existencia nadie duda, pero cuya naturaleza no ha podido explicar todavía suficientemente la Ciencia.

El rayo deslumbrador que, acompañado del trueno, surge de las nubes; el ligero fuego fatuo que sale de una tumba; el gigantesco incendio del sol; las gotas de luz de las estrellas; el polvo brillante de las nebulosas; la policromía del Arco-Iris; la fría fosfo-

rescencia de los seres submarinos..., serán, por mucho tiempo, ¡quién sabe si para siempre!, bellos estuches, que guardarán una interrogación; pero, hasta que sea contestada, gocemos del espectáculo que nos proporciona esa genial Artista, esa Hada mágica, cuyos juegos son color, irisaciones, brillo, incandescencia rutilante, fulguraciones infinitas, ilusiones del espectro...

Lo primero que surgió de la nada, a la voz omnipotente de Dios, fué la luz. Y, entre los astros luminosos, puso el Altísimo en nuestro sistema planetario, y para nosotros, especialmente, el sol. Y ¡qué rica en colores y qué hermosa es su luz! Por los juegos de luz de nuestro sol, hay alfombras verdes en los prados, azul en el cielo y grana en los horizontes. La luz es la que saca destellos de un diamante, pone resplandores en la superficie de una joya, chisporrotea en el mar o hace relucir, como si fueran soles, los objetos de plata. Por eso el hombre ama la luz y los colores, que son la alegría de la vida y siente una voluptuosidad visual, llena de emoción, ante las vivas claridades de los horizontes dilatados, del pálido reflejo de la nostálgica luna, del cielo salpicado de estrellas, y exclama, ante la aurora, como exclamaba Bécquer:

¡Qué hermoso es ver el día
coronado de fuego levantarse,
y a su beso de lumbre
brillar las olas y encenderse el aire!

Mariposas invisibles, nuestras almas corren presurosas a la luz. La luz es una necesidad para el hombre. A todos nos gusta pasear por las calles céntricas de las grandes poblaciones, donde con mayores encantos brilla la luz, y huímos, como por instinto, de las calles y plazas escasamente iluminadas. Contemplamos extasiados los arcos luminosos de las avenidas cuajadas de luz, los edificios iluminados, las torres y monumentos coronados y embellecidos por los focos luminosos, y no sali-

mos de nuestro transporte ante las maravillas de la iluminación inenarrable y sublime que presentara la visión nocturna de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, con su paradisiaco jardín de agua iluminada, con sus soberbias cascadas, sus mágicos surtidores, sus fuentes encantadas, sus columnatas de luz, sus árboles luminosos, sus pebeteros orientales con vapor de agua rutilante y nacarina, sus plantas y sus flores de cristal resplandeciente, sus como ríos de agua encendida surcando los espacios, sus palacios incandescentes... y todo el sistema de coloraciones del Arco-Iris, en un ritmo vivo, cambiante y seductor.

La luz se ha comparado a cuanto hay de grande en el mundo físico, intelectual y moral. Dios mora en una luz inaccesible; la Gloria está inundada de luz; el Verbo es *lumen de lumine*; la ciencia es la luz de nuestra inteligencia; la razón es luz participada de Dios; los santos son lumbres que guían nuestros pasos; los sabios, antorchas que iluminan los senderos del saber; el sacerdote, luz del mundo, y Jesucristo la luz por antonomasia.

No es, pues, de extrañar que la luz nos enamore y que, por sus encantos, sea imán de los artistas, atracción de los sabios, fuente de inspiración, manantial de placeres estéticos, fiesta deleitosa de los ojos, pan blanco y dulce de la inteligencia, alegría sempiterna de las almas.

Por eso nos parece tan natural el grito aquel del gran poeta alemán Goethe, con que exclamaba, próximo a la muerte: ¡LUZ, MAS LUZ, SIEMPRE LUZ! Y nos enternece aquel rezo conmovido de la Iglesia, nuestra Madre, por sus hijos, los fieles fallecidos: EL LUX PERPETUA LUCEAT EIS; QUE LA LUZ PERPETUA LOS ALUMBRE SIEMPRE.

¡Maravillas inefables de la luz!

Esas monjas que rezan entre rejas...

LAS COMENDADORAS DE SANTIAGO

La plaza de Santo Domingo el Real es imponente. Hundida entre altísimos y desconchados paredones que parecen querer cerrarse sobre la arenilla suave de su suelo; con rincones pelados de piedra caliza, en los que surgen arbolillos capaces de inspirar a más de un romántico; es ella, con su ambiente gris y oro, pegado el primero a las paredes con deslizar suave, un escape indiscreto hacia el cielo azul. Entre el dédalo de callejas empinadas y tortuosas que la aprisionan con sus piedras apretadas y sus jeribeques de sombras y topografía, el caminante que marcha oscilando sobre los agudos chinarrros, bajo un entrecruzar de tejadillos y canales, sentirá una sorpresa agradable al irrumpir en este mar dorado, tan amplio y abierto como altas y grandiosas las casas que le rodean. El pórtico cuadrado y renacentista de Santo Domingo el Real se extiende bajo el fragor de los rayos solares, trazando con sus columnas dibujos geométricos sobre las graníticas escalinatas. Todo es grandioso y pesado. En este día estival la plaza parece horno de calor y magnificencia severa en las líneas grecorromanas del convento, que resplandece luminoso y alegre en la mañana. En un ángulo sombrío cimbreaba un ciprés su brisa de espiritualidad.

Pues bien; la antítesis más completa aparece en seguida. Del extremo de la cuadrada plazoleta —cuadrada en edificios y extensión— arranca serpenteando un caminillo encajonado en la prisión de sus paredes, paredes por arriba y por los lados, que le forman en cobertizo destartado de piedras pardas y arenas manchadas sobre fachadas de quebradizas casucas. Juguetea con sus propios desniveles el erizado suelo, y el ambiente se vuelve húmedo, mezquino, pero ungido de un encanto sobrenatural, inundado de una luz sombría influida desde el reverbero de la plaza.

Una puerta ilumina la calleja con el limpio bruñir de su patinillo. Pasamos allí extrañados de la paradoja, asombrados de que la luz natural de esta casa blanca y simpática manche, tímidamente, de claridad patinada la calle que debería iluminarla a ella.

Entramos pues; un pequeño pórtico enjalbegado e, inmediatamente, una traviesa escalerilla que se precipita en tropel casi vertiginoso a incrustarse y desaparecer entre los ladrillos de un patinillo, blanco de brillos y empañado limpiamente en las sombras de sus tejados, que aparecen, en cuevas y picachos, como travieso paisaje de colores de tierra y mohosos canchales. Trepan sinuosas y verdes las parras adheridas, en débiles cabriolas, al calizo tabique, y las paredes se manchan con puertecillas «de viejo» y rejas ahumadas. Al fondo, bajo un arco, descende una nueva escalera que nos lleva ante el Sagrario de esta Iglesia de las Comendadoras de Santiago.

Quizás añoren las monjas la grandiosidad del Con-

vento de Santa Fe, antiguo palacio visigodo, con sus artesonados y su compleja arquitectura, en la que podrían encontrarse elementos mudéjares, renacentistas, platerescos. Nada de esto queda ya, pues las religiosas hubieron de dejar aquella casa de leyenda e historia por este modesto actual convento, que forma parte, en realidad, del edificio de Santo Domingo el Real. Esta dolorosa medida, producto implacable de dificultades económicas llovidas sobre la comunidad en los pavores de la revolución, no obsta sin embargo para que hoy, 25 de Julio, el amor de las madres mantenga iluminado el sencillo retablo con luces indirectas y la imagen del Apóstol Santiago, Patrón de España, aparezca bizarra, valentísima, jinete el «hijo del trueno» en galopador caballo, enhiesta la espada y siempre grande, aun en la paz y recogimiento del recinto.

En un altar lateral, una imagen de Jesucristo crucificado inspira y sobrecoge, iluminada por la pálida luz de los vidriados ventanales.

Y estamos ante el santo galardón histórico de la Orden. Tras un damasco rojo descansa el cuerpo incorrupto de la Infanta Doña Sancha Alfonso, venerable y milagrosa, que cedió la corona de León por otra más preciada: la de santidad y sacrificio. La curiosidad devota se desata en este punto. Vana pretensión; el cuerpo de la santa se descubre tan sólo en extraordinarias ocasiones, y hemos de contentarnos, por tanto, con orar de todo corazón ante la Venerable, que mantiene el milagro de su incorruptibilidad de siete siglos.

Hay que salir de nuevo al patinillo. Subimos las juguetonas escalerillas y, ya en el pórtico, la luz de afuera se extingue y mezcla en un pasadizo oscuro que nos lleva al locutorio: habitación fresca y sombría en la que el ambiente se carga de historia al contacto rojizo de una gloriosa cruz de Santiago que recubre una colgadura en la grisácea pared. Al otro lado de la reja, derramada una luz de misterio desde una velada ventana, aparecen los hábitos austeros y arcaicos de estas Comendadoras santiaguistas, llenas de ascetismo, espiritualidad y tradición. La cruz de fuego estilizada, ha impreso carácter de valentía a estas monjas que sufren en la actualidad de gran penuria económica. Sí, esa cruz del Apóstol marca el camino de sangre a estas heroicas y mayestáticas figuras que piden a Dios por la salvación del mundo.

Ya hubo un derrumbamiento en el convento. Las religiosas relatan sus penalidades, y nosotros, intrascendentes y volubles turistas, pensamos, por un momento, en que existen cosas muy valiosas y de las que nadie hace caso.

Extrañará, pues, si dentro de un siglo no se puede ya escribir nada de estas blancas paredes, de estas escalinatas escarpadas, de este núcleo de santidad.

JOSÉ LUIS PÉREZ DE AYALA Y LÓPEZ DE AYALA

Los gremios toledanos en el siglo XVII (*)

Por FRANCISCO DE BORJA SAN ROMÁN

(Continuación)

ARTE DE LA SEDA Y ESPADEROS

A causa de su mayor importancia debemos comenzar por el gremio del *Arte mayor de la seda*, que se creía superior a los demás gremios, teniendo sobre ellos algunos privilegios, como era el de poder vestir trajes de seda los agremiados y el no llamarse menestrales. Sus primeras ordenanzas datan de 1533 (1), y hay otras muy extensas y prolijas de 1545 (2). A consecuencia de los progresos que por el transcurso del tiempo se habían seguido en el arte de la seda, en el siglo XVII, esas ordenanzas ya no servían y se pidieron otras por los maestros, diciendo que se habían «inventado muchos modos de labrar nuevos y diferentes que no trataban las ordenanzas antiguas». Se hicieron, siendo aprobadas por su Majestad el 5 Julio 1616, y se pregaron el 13 de Agosto del mismo año, a las once, en la Plaza del Ayuntamiento, y a las doce, en la calle del Alcana «donde se juntan y estaban juntos muchos mercaderes de seda» (3). Estas ordenanzas reglamentan la forma de tejer terciopelos dobles; de pelo y doblados, damascos, brocatel, rasos de ocho y diez hilos, frisados, gorgoranes, tafetanes, picotes, capicholás, anafayas, sarga de seda, jubones de seda, y mantos de seda. Todas las telas tejidas debían llevar la marca *Ginovisca* «que la Ciudad tiene y ha usado y usa». El Cabildo de su gremio, llamado de Nuestra Señora del Rosario, nombraría dos veedores, el día de San Matías, y éstos serían cuatro, dos para los tejidos de terciopelo, uno para el damasco y otro para el raso; debiendo visitar cada mes, y más si fuere necesario, todas las tiendas, casas y telares donde hubiere sedas, tejidas u otras cosas tocantes al arte de la seda. Los sobreveedores y veedores examinarían «a los que siendo hábiles y habiendo cumplido con su maestro lo que mandaban las ordenanzas, pagaren por examen tres escudos de oro» (4).

Además de estas ordenanzas de 1616, primera tentativa que emplearon creyendo remediar con ella el mal de su decadencia, se formaron otras en el mismo siglo XVII (Febrero de 1684)

por la Junta de comercio y moneda, de acuerdo con los diputados nombrados por las ciudades y fábricas de Toledo, Granada y Sevilla, que fueron generales para todo el reino. Tanto las ordenanzas de 1533, como las de 1616 y estas últimas de 1684, se mandaron poner en vigor por el Consejo de Castilla a principios del siglo XVIII.

Las que podemos llamar causas inmediatas de la decadencia del gremio de la seda, cuyo natural desarrollo ocupa la mayor parte del siglo XVII, nos son hoy bien conocidas por la abundancia de memoriales que existen, en los cuales se pedía remedio para evitar la ruina de esa industria, pues ningún gremio como el de la seda clamó más incesantemente por ella, poniendo de manifiesto los abusos que le perjudicaban y proponiendo remedios que evitasen su ruina. De la lectura de esas *representaciones* se desprende que empezó por no observar los estatutos y ordenanzas, y que en contra de éstas fué introduciéndose poco a poco en Toledo gente que no entendía el oficio y le ejercía «empleando malos géneros, dando mal los tintes y haciendo los paños con menos seda y menor longitud». A esos maestros, que sin temor ninguno faltaron a las ordenanzas, se les llamó comúnmente *Chorrileros*; fueron enriqueciéndose con facilidad y aumentando en número, pues como podían vender más barato, encontraban en seguida mercaderes y éstos a su vez compradores, quienes por la escasez del dinero y el lujo immoderado que, a la sazón, reinaba, apetecían géneros de seda, pero de los que menos costaren. Otro pernicioso mal fué la prosperidad que llegaron a alcanzar los *mercaderes de tiendas* que, según un memorial, «han ocasionado y ocasionarán su total ruina» (la del gremio de la seda), los cuales en sus tratos y sus ajustes con los maestros Chorrileros eran engañados en la calidad de la seda que estaba compuesta «con cacao, lienzo, especiería y drogas...», siendo un espectáculo lastimoso la mucha ropa que por estos medios se ha labrado en Toledo, de las cuatro partes las tres por lo menos» (1). Y así el gremio del arte mayor de la seda fué perdiendo su autoridad; trató de perseverar en cumplir fielmente lo que las ordenanzas le mandaban, pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos y en vano; como último recurso, pidió se sellaran los géneros de seda. Se les concedió esta demanda, pero, contra lo que ellos esperaban, aumentó el desorden, no sirviendo el sello más que de gravamen al comercio y fabricantes, pues con el creciente abuso indistintamente se sellaba lo

bueno y lo malo. Ya de nada servían las buenas intenciones de algunos mercaderes, porque fácilmente se disculpaban los maestros Chorrileros de cuanto se les dijese de la mala calidad de la seda, contestando «que a ellos no se les podía pedir más que fuese sellado el género».

De esta manera llegó un día en que el Cabildo del Arte mayor se sintió vendido por los defraudadores, hasta el punto de apoderarse éstos de la dirección del gremio y de los cargos de veedores.

Correspondientes a la industria de la seda existían, además del gremio del *Arte mayor*, los gremios de tintoreros de sedas, torcedores, cordoneros y pasamanería y cortinaje. Todos ellos se formaron en el siglo XVI, y entonces alcanzaron ya ordenanzas. En el siglo XVII los tintoreros y torcedores se unieron formando los mercaderes de escritorio, que fueron, con los del Arte mayor, los que siempre trataron de conservar el prestigio de su industria. Los cordoneros, hacia el año 1620, hicieron importantes adiciones a sus ordenanzas de 1543, que fueron aprobadas y confirmadas (1). Las ordenanzas del gremio de pasamanería y cortinaje hechas en 1525, además de incompletas, ofrecían no poca confusión y ambigüedad, por cuya razón se hicieron otras nuevas, que pasando por todos los trámites de rigor, fueron al fin confirmadas por su Majestad en 29 de Julio de 1610 (2). Compartiendo en importancia con el gremio del Arte mayor de la seda, existió en Toledo el de espaderos, cuya industria hartó ha sido ensalzada en todo tiempo. Cual ningún otro gozaba este gremio de muchas exenciones y privilegios en el ejercicio de su industria, tales como el de no pagar alcabalas, no tan sólo en la venta y compra de armas, sino también en la introducción en el reino de las primeras materias (3); y este privilegio alcanzaba igualmente a los que comerciaban, trayendo a Toledo las tablas de haya para las astas y guarniciones y conteras para las vainas (4). Sus primeras ordenanzas son de 1567, puestas en ejecución en 1572, las cuales duraron hasta el primer tercio del siglo XVII; pues sucedió en este gremio lo que en el de la seda, que queriendo encontrar remedio de su decadencia en las ordenanzas, hicieron otras nuevas.

En efecto, el 1611, acudió una representación del gremio haciendo la petición que era de rigor, y pasados once años, en 1622, vieron los espaderos cumplidos sus deseos; siendo pregonadas las nuevas ordenanzas el 13 de Octubre de dicho año en «la plaza de Colabor y calle aneja». Por estas ordenanzas los veedores del oficio visitarían las tiendas dos veces al año, al menos, acompañados de un sobreedor y un escribano de número de Toledo.

(1) Ordenanzas antiguas de Toledo (1858), págs. 102-103.

(2) Arch. mun. A. a. Leg. 24.

(3) Crónica general de España, pág. 61.

(4) H. González. H.^a de la fábrica de armas blancas de Toledo.

(1) Memorial dirigido en 18 de Septiembre de 1692 a la Imperial Ciudad de Toledo por los fabricantes de Ropas de Sedas.

(*) Del libro del mismo título recientemente editado por la Delegación Provincial de Educación Nacional de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Toledo.

(1) Reales ordenanzas del arte de la seda (1750).

(2) Ordenanzas antiguas de Toledo (1858) pág. 210 y siguientes.

(3) Ordenanzas del arte de la seda. M. S. Bibl. nac. R. 162.

(4) Sólo a título de curiosidad, y ya que de festejar a Francisco de Rojas se trata, diré que entre los regidores que aprobaron esas ordenanzas, en el Ayuntamiento celebrado en 1.º de Agosto de 1616, figura un tal Juan Pérez de Rojas, cuyo nombre y apellidos concuerdan con los del abuelo del esclarecido poeta. Me ha asaltado la duda de si sería una misma persona dicho Regidor y el abuelo de Rojas Zorrilla. Por los apremios del tiempo con que he tenido que confeccionar el presente trabajo, no lo he podido comprobar, pero prometo hacerlo.



DESPEDIDA Y PROYECTOS

Por haber trasladado su residencia a Madrid, cesó en la dirección de AYER Y HOY don Antonio Delgado, nuestro estimado consocio y amigo, cuya inquietud artística le había empujado desde la leyenda al verso, y de la pintura al damasquino, con singular acierto.

Son dieciséis los números publicados bajo su dirección, que representan otras tantas victorias apuntadas a su favor, a prueba de toda clase de dificultades y de críticas. Su tenacidad y su honda comprensión fueron venciendo todo, y la Revista fué superándose de un número a otro. Nos constan los elogios para AYER Y HOY de escritores y poetas de alto relieve. Es la única Revista que se publica en Toledo, y para «Estilo» supone su principal sentido histórico, ya que lo escrito es lo que perdura.

La Asociación hace presente por estas líneas el más vivo agradecimiento a nuestro querido compañero don Antonio Delgado por su acertada dirección de la Revista en el espacio de casi dos años.

Dos misiones quisiéramos confiar al cargo que nos dieron: divulgar y fomentar la Sociedad «Estilo», de la que es vocero AYER Y HOY, y dar nuevo impulso a esta Revista con la más estrecha colaboración de los miembros de la Sociedad, y a tal fin, sometemos a la Junta y a los lectores las siguientes iniciativas:

Continuar la labor ya iniciada con la publicación del Reglamento de «Estilo», divulgando ahora el nombre de todos los socios y las inscripciones que vayan ocurriendo en lo sucesivo.

Sin perjuicio de seguir dando preferencia a la docta colaboración que hasta ahora ha honrado nuestras páginas, quisiéramos estimular las colaboraciones de todos los socios, y para ello proponemos que se establezcan concursos con premios anuales en metálico, y en la cuantía que permita la situación

económica de «Estilo», que sirvan de acicate para esa colaboración íntima que deseamos; concursos que podrían ser a la mejor poesía, a la mejor narración, cuento o leyenda, al mejor artículo de información o investigación, a un dibujo humorístico con pie o caricatura personal, al mejor dibujo a línea, aguada, etc., de fácil reproducción, todo ello referido, naturalmente, a Toledo, y ajustándose a las normas que se establezcan.

Deseamos también establecer un consultorio en el que los «estilistas» o «estilófilos» puedan resolver sus dudas de carácter técnico, artístico o histórico, etc., y para ello supliremos nuestra ignorancia buscando la sabiduría de los demás.

Quisiéramos, por último, abrir una sección de correspondencia sobre los trabajos que se presenten a los diferentes concursos y sobre todas aquellas proposiciones que se nos hagan y mejoras que se nos sugieran, manteniendo estrecho contacto con los lectores, a fin de

estimular su colaboración y apoyo que tan sinceramente deseamos.

Esto es lo que, por ahora, tenemos la esperanza de poder hacer y para lo que sólo nos falta vuestro asentimiento y ayuda.

Simultáneamente al esbozo de estos nuestros proyectos y anticipándose a ellos, en parte, el vocal de la Directiva don Rufino Miranda, ha obtenido la aprobación de ésta para un concurso, por cada número de AYER Y HOY que se publique, con un premio de CIEN pesetas para el trabajo que, ajustándose a las condiciones que se señalen, sea publicado por nuestra Revista. Su propósito es que se aborden «con sus temas todas las ramas del Arte» y «todos los asociados de «Estilo», procurando, a la par, que tengan alguna relación con nuestra ciudad, fomentan la investigación y el estudio, así como la divulgación de las tendencias e ideas modernas». Para ello propone una serie de temas de gran interés que se irán divulgando oportunamente.

Hasta aquí lo acordado, y nosotros, teniendo en cuenta la falta de original gráfico para nuestra publicación, hemos estimado que deberán alternarse los concursos para proporcionar dichos originales con los literarios y que el CONCURSO PARA EL NÚMERO 18 DE AYER Y HOY, esto es, para el próximo número, consista en otorgar las CIEN PESETAS DE PREMIO a la mejor caricatura de un personaje toledano de actualidad, que será publicada en dicho número. Los originales deberán ser remitidos a Alfonso XII, 9, a nuestro Director, y los trabajos estarán hechos a línea en tinta china y en papel adecuado al tamaño de una cuartilla.

SUMARIO

El ingreso de D. Emiliano Castaños en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Don Guillermo Téllez. El estilo gótico en Toledo.

Don Clemente Palencia. La casa en que fué muerto el poeta Medinilla.

Don Pablo Gamarra. La 3.^a Exposición de Primavera de «Estilo».

Don Rafael Carrasco. Noche de brujas.

PÁGINA POÉTICA

Don Rufino Miranda. Una anécdota del marqués de Villena.

Don Pablo León Murciego. La luz como fuente de belleza.

Don J. L. Pérez de Ayala y López de Ayala. Las Comendadoras de Santiago.

Don Francisco de Borja San Román. Los gremios toledanos en el siglo XVII.

Germán Labrado Ovejero

Constructor de Muebles
Estilos Clásicos y Modernos

Instalaciones para Oficinas
y Centros de Cultura

Santa Ursula, 18 - TOLEDO

FONTANERÍA - FUMISTERÍA

Joaquín Martín Robles

INSTALACIONES DE SANEAMIENTOS POR
AGUA FRÍA Y CALIENTE
TERMOSIFONES DE PRESIÓN :: COCINAS
REPARACIÓN DE COCINAS



ALFONSO X EL SABIO, NÚM. 4
(ANTES JARDINES)

TOLEDO

RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo